

HOMILIA 1.^a

Para el Domingo XVII después de Pentecostés.

Medios para la unión de los cristianos.

HERMANOS míos amadísimos: Después que el Apóstol San Pablo hubo instruido á los fieles de Éfeso en todo lo concerniente al dogma, pasa á indicarles las virtudes principales de la vida cristiana, ó sea á la parte *ética* relacionada con la fe. «Preciso es — les dice — que todo cristiano observe una vida irreprochable, digna de la naturaleza racional, y sobre todo digna de Cristo. Preciso es que sea perfectamente *humilde*, que sienta y hable de sí con humildad y que se conduzca con todos sus semejantes sin asomo ni sombra de soberbia. Preciso es, además, que sea *manso*, y que hable y obre con todos mansamente. Preciso es, de igual manera, que sea *paciente*, soportando con suavidad y dulzura los vicios y defectos de los demás, por más que le sean molestos. Y preciso es que todo esto sea hecho por caridad, ó sea por amor de Dios y del prójimo.» (*Omnia vestra in charitate fiant.*)

Oid sus mismas palabras en los tres primeros versículos de la Epístola de hoy: dice así: «*Hermanos: Yo, que estoy preso por el Señor, os ruego que andéis de una manera digna de la vocación cristiana con que habéis sido llamados. Esto es, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, sobrellevándose los unos á los otros en caridad.*» (Ephes., IV, 1-2-3.)

Tres cosas, cristianos míos, encarga el Apóstol en las palabras dichas, poniéndolas como fundamento de la vida espiritual y de las costumbres sociales del cristianismo, y aunque es verdad que ellas merecían muchos sermones, ó muchos libros para explicarlas, yo me contentaré con daros hoy de ellas una ligera idea, y os hablaré siguiendo el orden de la Epístola:

- 1.º De la humildad.
- 2.º De la mansedumbre.
- 3.º De la paciencia.

PUNTO 1.º

DE LA HUMILDAD CRISTIANA

El objeto principal que San Pablo se propone en la Epístola de este día es exhortar á los cristianos á que lleven una vida santa digna de su vocación á la fe de Cristo; puesto que por ella son hechos templos vivos del Espíritu Santo, hijos adoptivos de Dios, hermanos de Jesucristo y herederos de la patria celestial, debiendo vivir todos íntimamente unidos entre sí, como miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Cristo nuestro Señor.

Al efecto, comienza el grande Apóstol diciendo: «*Y así, hermanos: Yo, Pablo, que estoy prisionero por el Señor, os ruego que andéis de una manera digna de vuestra vocación cristiana* (1).» Lo cual es como si el Santo dijera: «¡Oh, Efesios! Siendo tan grande y tan magnífica la beneficencia de Dios para con vosotros, que del gentilismo os llamó á su fe, á su gracia y á su gloria, incorporándoos á los judíos, para que con ellos conquistéis el cielo, yo, Pablo, que me hallo prisionero por amor á Jesucristo y por amor vuestro, os ruego y exhorto á que, en memoria y en agradecimiento á tan singular y extraordinario beneficio, llevéis una vida digna de vuestra vocación; esto es, digna de la fe que profesáis, digna de la Iglesia santa, digna del cuerpo místico de Jesucristo, digna de los hijos de Dios, digna de los herederos del cielo. Reparad bien y pensad de continuo la merced insigne de vuestra vocación á la fe de Cristo, Entrad dentro de vosotros mismos y decid: «Yo gentil, yo pecador, yo hijo de ira, yo que llevo dentro de mí ser el germen de la corrupción y de la infelicidad, ¡yo he sido llamado por Dios! ¡Por Dios, ser infinito, bien sumo, majestad suprema que tiene horror á todo lo que esté manchado con la culpa! ¡Y llamado para ser ciudadano del cielo, compañero de los bienaventurados, familiar de Dios, amigo suyo... ¡qué digo amigo suyo! soy llamado á ser hijo del mismo Dios, hermano de Jesucristo, y casi otro Cristo; porque eso significa la palabra cristiano, ser semejante á Cristo y una como continuación de su vida divina sobre la tierra. Por tanto, yo debo vivir con elevación en mis pensamientos, con nobleza en mis designios, con pureza en mis costumbres, con santidad en mi espíritu, conservando la concordia y la paz con todos los cristianos y con

(1) Ut dignè ambuletis vocatione qua vocati estis. (Ephes., IV, 1.)

todos los hombres en cuanto sea posible, para formar todos una sola cosa en Jesucristo, como si tuviéramos un solo corazón y una sola alma.—*Cor unum, et anima mea.*»

Esto es, amados míos, lo que el grande Apóstol, y con él la Iglesia nuestra Madre, nos recomienda hoy con todo encarecimiento; mas como á esto se oponen abiertamente *el orgullo, la ira y la impaciencia* de los hombres, que se estiman en más de lo que son, y que rompen la unión con sus hermanos por falta de amor hacia ellos, y por no saber, ó no querer soportar con caridad sus defectos é imperfecciones, por eso San Pablo especifica las virtudes contrarias, diciendo: «*Es preciso que andéis con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos los unos á los otros en caridad.*» (*Soportantes invicem in charitate.*)

Nótese cómo el Santo recomienda ante todo *la humildad*. ¿Por qué será esto? ¿No es mayor y más excelente virtud la caridad divina?—Sí, ciertamente; porque es virtud teologal, que tiene por objeto al mismo Dios; pero tratándose *del oficio* que desempeñan las virtudes en nosotros, para realizar la unión de los corazones cristianos en Cristo Jesús, sin duda alguna, *está primero la humildad* (1); y por eso el Apóstol señala esta virtud como fundamento, diciendo que hemos de andar *con toda humildad*. (*Cum omni humilitate.*)

Nótese también, que no dice San Pablo: «*Con humildad*», sino: «*Con toda humildad*.» Como si dijera: Es preciso ser *entera y perfectamente humildes*: humildes en el *entendimiento*, en el *corazón*, en las *palabras*, en las *obras* y en *todo* lo que esté dedicado á nuestro uso; y no á medias, sino con toda humildad. (*Cum omni humilitate.*)

El entendimiento, ante todo, debe conocer nuestra nada, nuestra flaqueza y miseria, y estimarse el hombre en lo que vale y en nada más. Esto es andar *en verdad*, ó lo que es lo mismo, *en humildad*. ¿Quién que reflexione la nada de donde hemos sido sacados, la miseria á que el pecado nos condujo, y la corrupción que nuestro cuerpo ha de sufrir, no se siente inclinado á humillar su frente altanera, ante la realidad de su indigencia y flaqueza? ¿Quién que considere los inmensos beneficios que de Dios ha recibido, y los que cada día recibe, no se humilla hasta el polvo de la tierra, po-

(1) Prima virtus christianorum est humilitas. (S. Jerónimo, Epist. ad Eustach.)—Humilitas est sanctitatis fundamentum. (S. Cipriano, Serm. *De Nativitate Christi*.) Quien desee ver extensamente tratada la primacía de la humanidad, sobre las demás virtudes, vea nuestra obra *La Vida feliz*, tomo I, cap. XIII, § I, núm. 4 y siguientes.

niendo en contrapeso su negra ingratitud para con Dios, y el criminal abuso que hace de sus gracias?

«En la presencia de la misericordia de Dios—dijo San Francisco de Sales—nada puede humillarnos tanto como la multitud de sus gracias, así como en presencia de su justicia nada puede humillarnos tanto como la multitud de nuestros pecados.» El que conoce á Dios y se conoce á sí mismo, goza de altísima sabiduría, entra en la humildad de entendimiento, y jamás se ensoberbece, ni contra Dios, ni contra sus semejantes. El conocimiento propio es el fundamento de la humildad, y la humildad el fundamento de la santidad.

Pero no basta el conocimiento propio ni la humildad *en el entendimiento*, sino que además es preciso que la haya en el corazón. Es decir, no basta que conozcamos nuestra debilidad, nuestra bajaiza y nuestra nada, ni que nos estimemos en poco, sino que además es menester que ese conocimiento nos lleve á desear y á querer que nuestros semejantes nos estimen y consideren tales como somos y nada más, para que todo ande en verdad. ¡Cuán difícil es esto para el amor propio de los hombres!

Sin embargo, la humildad de corazón exige más; pues entra en su esencia el amar nuestra propia abyección y complacernos en ella, para así imitar á Cristo nuestro Señor y asemejarnos más á Él y darle gloria.—¿Nos contemplamos miserables?—Es verdad.—¿Nos juzgan como tales?—Es verdad.—¿Nos complacemos en que así nos juzguen?—Nos complacemos en la verdad.—¿Soportamos de buen grado y aun con gozo los desprecios, las calumnias y todo cuanto puede humillarnos á los ojos de nuestros prójimos, considerando que en ello agradamos á Dios y somos hechos semejantes á Cristo?—Esto es virtud verdadera, sublime, heroica, y realizamos en nosotros la humildad de corazón, á que Jesús nos invitó cuando dijo: «*Aprended de mí, que soy humilde de corazón.*»

Y comoquiera que, para andar siempre en verdad, el hombre, cuando se muestre al exterior, lo ha de hacer en conformidad con su interior, de aquí que la humildad interna ha de aparecer sencilla y modesta en las palabras y demás acciones exteriores. Hablar bajamente de sí y sentarse en el último lugar, sintiendo otra cosa en el corazón, es abominable hipocresía, que Dios no puede dejar impune. «No bajemos jamás los ojos—dijo San Francisco de Sales—sino humillando nuestros corazones; no afectemos desear el último puesto sin que de buena gana y sinceramente queramos tomarle.»

Por último, la humildad se ha de mostrar también en todas las cosas dedicadas á nuestro uso; por ejemplo, en nuestros vestidos,

en nuestro lecho, en nuestra silla, en nuestra habitación, en nuestros muebles... Y esto es lo que el grande Apóstol nos significa, cuando en la Epístola de este día dice: «*Habéis de andar CON TODA HUMILDAD.*» (*Cum omni humilitate.*) ¡Cuán rara es en el mundo la humildad perfecta!

PUNTO 2.º

DE LA MANSEDUMBRE CRISTIANA

Mas viniendo ya á la *mansedumbre*—dice el Santo—«*Con toda mansedumbre.*» (*Cum omni mansuetudine.*) ¿Qué nos enseña con esto? Nos enseña, según leemos en sus Epístolas, que «si alguno de nuestros semejantes cayere, por efecto de flaqueza, en algún delito, nosotros, que somos espirituales, los amonestemos con espíritu de mansedumbre». (*In spiritu lenitatis.*—Galat., VI, 1.)

Nos enseña, que «no seamos pendencieros, sino modestos, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres.» (*Ad omnes homines.*—Tit., III, 2.)

Nos enseña, que «al siervo de Dios no le conviene altercar, sino ser manso para con todos». (*Mansuetum esse ad omnes.*—II, Timot., II, 24.)

Nos enseña, que «andemos según nuestra vocación de cristianos, como hijos de Dios, con toda humildad y mansedumbre». (*Cum omni humilite et mansuetudine.*—Ephes., IV, 1.)

Nos enseña, que la mansedumbre es necesaria para la unión de los corazones de los hombres, y que los hemos de tratar, no sólo con mansedumbre, sino *con toda mansedumbre*; esto es, con toda dulzura y suavidad, extendiendo esta virtud á nuestro espíritu, á nuestro corazón, á nuestras palabras, á nuestras correcciones, á toda nuestra conducta exterior, á todos los tiempos y lugares, á toda suerte de personas y á todas las faltas que contra nosotros se cometan.

Nos enseña, por consiguiente, que debemos aplicar nuestra inteligencia á conocer los diferentes motivos que nos hacen amable la mansedumbre; á considerar el ejemplo de Jesucristo, las lecciones sublimes que de esta virtud nos dió, las recompensas que á ella van anejas, la paz que nos hace gozar en esta vida, los males que nos causa el vicio opuesto de la ira; y sobre todo aquellas palabras divinas: «*Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.*—Bien-

aventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.»—(Matth., XI, 29, y Matth., V, 4.)

Nos enseña, que estamos obligados á vigilar sobre los afectos de nuestro corazón, para que en lo adverso no se desordenen y no nos precipiten en los accesos de la ira. Es decir, que cuando seamos por alguno concitados á la ira, hemos de reprimirnos, cogiéndonos, digámoslo así, el corazón con las dos manos, y guardar silencio: hemos de procurar la serenidad y la tranquilidad del corazón, aun cuando alguno nos injurie, recordando que el Señor exaltará á los mansos en el cielo. (*Exaltavi mansuetos in salutem.*—Psalmo CXLIX, 4.)

Nos enseña, que moderemos el impetu iracundo y punzante de nuestras palabras, respondiendo con dulzura á quien nos ofenda ó corrigiendo con suavidad cuando fuere menester, sin olvidar un punto aquella sentencia del Espíritu Santo: «*La respuesta suave quebranta la ira, la palabra dura aviva la saña* (1).»

Nos enseña, finalmente, que la mansedumbre ha de reflejarse en todo nuestro porte exterior, de tal suerte, que no se vea movimiento alguno de ira, ni en nuestros ojos, ni en nuestros ademanes, ni en nuestros pasos. «Claramente y sin excepción os lo digo (son palabras de San Francisco de Sales), no os irritéis jamás si es posible, y no acojáis pretexto alguno, sea cual fuere, para abrir la puerta de vuestro corazón á esa pasión furiosa; porque el Apóstol Santiago dice sin reserva, que «*la ira del hombre no obra la justicia*».

Todo esto y muchísimo más nos enseña el grande Apóstol cuando en la Epístola de este día nos dice: «*Habéis de vivir con toda mansedumbre.*» (*Cum omni mansuetudine.*) Y porque la enseñanza sea completa, nos determina el modo de ser mansos, añadiendo estas hermosas palabras: «*Con paciencia, sobrellevándoos los unos á los otros en caridad.*» (Verso 3.)

PUNTO 3.º

DE LA PACIENCIA CRISTIANA

¡La paciencia! ¡Hermosa virtud! Virtud necesaria, que, como dice el mismo Apóstol, «*nos es indispensable, para que, haciendo la voluntad de Dios, obtengamos el premio prometido*». (2) Diez son los

(1) Responsio mollis frangit iram: sermo durus suscitatur furorem. (Prov., XV, 1.)

(2) Patientia vobis necessaria est, ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem. (Hebr., X, 36.)

motivos que el glorioso San Pablo nos propone para excitarnos á tener paciencia en todas las cosas.

1.º Que sufridas con paciencia las tribulaciones momentáneas de esta vida, constituyen para nosotros un eterno peso de gloria. (Corint., IV, 17.) Padecer un poquito de tiempo y gozar eternamente.

2.º Que si padecemos ahora con Cristo, seremos después eternamente glorificados con Él. (Rom., VIII, 17.) Unión brevísima con Cristo paciente, y unión sempiterna con Cristo glorificado.

3.º Que los sufrimientos de esta vida no ofrecen comparación con la gloria futura que nos está reservada. (Rom., VIII, 18.) Con la paciencia se compra la gloria del cielo, infinitamente mayor que todo lo de la tierra.

4.º Que con la paciencia hemos de ser libres de la esclavitud de la corrupción, y pasaremos á la gloriosa libertad de los hijos de Dios. (Rom., VIII, 21.)

5.º Que todos los hijos de Adán gimen y sufren, y que siendo los padecimientos inevitables, los hemos de soportar con paciencia para que se aminoren y sean meritorios. (Rom., VIII, 22.)

6.º Que, teniendo ahora paciencia, este cuerpo cargado de enfermedades y miserias, llegará á ser impasible y glorioso. (Rom., VIII, 23.) ¿Quién no sabe que después de la muerte y los padecimientos por Dios, vienen la resurrección y los regocijos eternos?

7.º Que por la esperanza del premio comenzamos con la paciencia, á ser algo bienaventurados en esta vida. El que espera recibir la eterna beatitud se goza en los padecimientos terrenos, que se la granjean. (Rom., VIII, 24 y 25.)

8.º Que el Espíritu Santo ayuda á nuestra flaqueza, y pide por nosotros con gemidos inenarrables. (Rom., VIII, 26.)

9.º Que á los que aman á Dios, todas las cosas contribuyen para su bien. (Rom., VIII, 28.) Y por consiguiente, que todas las adversidades que ellos soportan con paciencia, les sirven de corona y de gloria. Es decir, que el Señor misericordioso hace que todo coopere para su adelantamiento en la virtud. Aun sus mismos defectos contribuyen á que sean más santos, haciéndolos más humildes.

10.º Que los que son pacientes por amor de Dios, son hechos conformes á la imagen de su Hijo unigénito, y por tanto predestinados para el cielo. (Rom., VIII, 29 y 30.) Con la paciencia, pues, tenemos asegurada, en lo posible, la eterna bienaventuranza.

Tales son, amados míos, los diez motivos principales que nos propone el grande Apóstol, para que ejercitemos la paciencia cris-

tiana. Y comoquiera que ni la *paciencia*, ni la *mansedumbre*, ni la *humildad*, que antes había recomendado, puede el hombre realizarlas, al modo dicho, con la sola naturaleza humana, por eso nuestro Santo Apóstol añade á continuación: «Lo conseguiréis, *soportándoos los unos á los otros en caridad.*» (*Soportantes invicem in charitate.* Ephes., IV, 3.)

Lo cual equivale á decir: seréis humildes perfectos, si andáis en caridad, porque la caridad perfecciona la humildad; seréis perfectamente mansos, si sois caritativos, porque la caridad disimula todos los defectos, y perdona todas las injurias; seréis en verdad pacientes, si arde en vuestro pecho el amor sagrado.

En una palabra: *La humildad* es el fundamento de todas las virtudes, *la mansedumbre* es hija de la humildad, y el verdaderamente humilde es al mismo tiempo manso: *la paciencia* es fruto espontáneo de los mansos y de los humildes; siendo *la caridad* el espíritu que á todas las anima, el aliento que las vivifica, el brillo que las hermosea y la reina que las impera. He aquí por qué el Apóstol enlaza admirablemente dichas cuatro virtudes en nuestra Epístola, como medio poderoso, sobrenatural y divino para la unión de los corazones de los hombres, diciéndonos á todos: «*Os ruego, hermanos, que andéis dignamente, según la vocación á que habéis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos los unos á los otros en caridad.*»

Así, pues, amados míos; ejercitémonos en la práctica continua y perseverante de las referidas cuatro virtudes, no impulsados por solo el temperamento natural, no por la humana y dulce complacencia, no por la hipocresía farisaica, no por miras terrenas de ningún género, sino por la moción inefable y misteriosa del Espíritu Santo, ó sea por el amor sobrenatural de Dios y del prójimo; pues este es el medio infalible de obtener la bienaventuranza de los cielos, por los siglos de los siglos. Amén.